

Habla, por último, el santo Doctor de las vírgenes de Nacianzo, algunas de las cuales vivían en comunidad, y otras en sus casas, asegurando que no cedían á los solitarios en ánimo y fervor, en las prácticas de la virtud y los ejercicios de la mortificación religiosa, pues en nada estimaban su belleza, ni los vanos adornos con que pretenden realzarla las mujeres del mundo, ni trataban sus cuerpos con delicadeza, sino llevando siempre el silicio, acostándose sobre la desnuda tierra, pasando las noches en oración, en gemidos y lágrimas de santa compunción, é igualando en virtud á las que constituían la gloria de la Armenia, en donde había un gran número que vivían con la mayor perfección.

---

SAN ANFILOCO, OBISPO DE ICONA, SAN ASCOLO, OBISPO DE TESALONICA Y LOS BIENAVENTURADOS LEUCADO Y EL PRESBITERO SACERDOS, AMIGOS DE SAN BASILIO Y DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

Teodoreto hace grandes elogios de san Anfíloco, el cual merece los de toda la Iglesia por los grandes servicios que le prestó: pues, como dice este historiador, y como aparece de la estrecha amistad que le unió con san Basilio y san Gregorio Nacianceno, fué uno de los más ilustres prelados de su siglo, y uno de los más generosos defensores de la fé contra los ataques de la herejía.

Era natural de Capadocia, en donde se dedicó durante algún tiempo á la profesión de la oratoria. Frecuentó también el foro, y ejerció las funciones de abogado y de

juez. Aunque era entónces muy jóven, adquirió una gran reputación de sabiduría y de probidad; pues no tenía prevenciones contra ninguna persona, y no se supo que hubiese cometido una sola injusticia, ni que se hubiese dejado llevar del vil interés. Sin embargo, fué inquietado por la defensa que en una ocasión hizo de un criminal á quien consideraba inocente, siendo necesario que san Gregorio ejerciese su poderosa influencia para que no le molestasen.

No sabemos si Dios se valió de esta contrariedad para que el mundo le disgustase, ó si á ello le determinó san Gregorio Nacianceno, lo cierto es que este santo Doctor le llama su gloria, como una conquista que hizo para Dios.

Se retiró á la Capadocia, y vivió en una comarca llamada Ozizola, en donde cuidaba de su padre, que era de edad muy avanzada. Este cantón tenía muy ricas praderas, jardines y huertos, pero carecía de trigo, lo cual era para él un motivo de solicitud y mortificación. Le tenía en tanta estima san Gregorio, que le consideraba como su apoyo, su fiel consejero y su compañero en la piedad. Pero tenemos la pena de no saber nada más de su vida como religioso, pues el resto de ella se refiere á su episcopado.

Aunque estaba muy unido, y este Santo le llamaba su amado hijo, se alejó de él tan luego como fué elevado á la cátedra de Cesarea, por temor de ser llamado al ministerio de la iglesia. Pero Dios, que en todo tiempo sabe escoger, como dice este santo Doctor, los vasos de elección que le son agradables, le prendió en los lazos de su gracia, y le llevó á la Pisidia, en donde la admiración que produjeron sus virtudes le elevó al gobierno de la diócesis de Icona y de toda la Licaonia<sup>1</sup>. Esto acaeció hacia el año 374. Se lamentaba á san Basilio del peso de su dignidad, como una carga superior á sus fuerzas; pero san

<sup>1</sup> Antigua región del Asia Menor en las montañas del Tauro.

Basilio le contestó bendiciendo al Señor por la elección que había hecho, y manifestándole el gozo que experimentaba. Le exhorta á gobernar su pueblo con ánimo y prudencia, asegurándole que tenía fuerzas suficientes para llevar el peso de su ministerio, y que Dios le ayudaría á llevarlo.

Así lo experimentó san Anfíloco, y vió los efectos de esta promesa en los bienes sin número que reportó la Licaonia, que gobernó, dice el santo Doctor. de una manera apostólica. A él escribió más cartas este Santo que á ninguno otro: pues aún cuando por sus talentos y dignidad era muy capaz de enseñar, se gloriaba de ser discípulo de san Basilio y de aprender de esta gran lumbrera la ciencia eclesiástica, lo que demuestra la pureza de su celo y su profunda humildad.

Asistió á diversos concilios, y entre otros al segundo ecuménico de Constantinopla en 381, y del cual fué uno de los principales ornamentos. La estimación general que le merecieron sus virtudes y la pureza de su fé hicieron que en este mismo concilio, y en seguida por la ley publicada por Teodosio en 30 de julio, fuese escogido para uno de los centros de la comunión católica en las diócesis de Asia.

Combatió esforzadamente la herejía de los Mesalianos y purgó de esta peste á su rebaño, haciéndolos condenar en el concilio de Sida, en Panfilia, de que fué presidente, y los refutó en dos libros valiéndose de sus mismas palabras. San Gregorio Nacienceno atestigua que curaba á los enfermos con sus oraciones, con la invocación de la santísima Trinidad, y con la oblación del santo Sacrificio. Es de creer que muriese ántes de las turbulencias suscitadas en Oriente desde 403 con motivo de la deposición de san Juan Crisóstomo. Tanto los griegos como los latinos celebran su memoria el 23 de Noviembre.

San Ascalo ha sido uno de los más célebres prelados de la Iglesia, como se deduce de la gran estimación en que le tenían san Basilio, san Ambrosio, el papa Inocencio y todos los que tuvieron ocasión de tratarle. Lo que escribe san Ambrosio á los sacerdotes de Tesalónica para consolarles por su muerte y felicitarles por el sucesor que les había dado, es un elegio, que de buena gana insertaríamos en este lugar para dar á conocer mejor sus virtudes, si no nos viésemos obligados á abreviar. Por este santo Doctor sabemos la piedad que le distinguía desde su juventud, el desprecio que manifestó siempre á todas las cosas de la tierra, el sacrificio que de sí mismo hizo á Jesucristo en la vida solitaria, y los importantes servicios que prestó á su diócesis y á la Iglesia, cuando fué elevado á la dignidad episcopal.

Era natural de Capadocia como sabemos por san Basilio; pero abandonó su patria casi desde la niñez, y se retiró á un monasterio de la Acaya<sup>1</sup> en donde pasó su juventud. Allí vivió en tan gran desprendimiento de las cosas de la carne y de la sangre, que, cuando venían á visitarle sus parientes, les respondía, como Jesucristo, que no tenía á otros, que los que hacían la voluntad del Señor. Su fervor le llevó á encerrarse en una pequeña celdilla para entregarse únicamente, en el más absoluto olvido del mundo, á la contemplación de las cosas celestiales. Pero mientras más procuraba ocultarse á los ojos de los hombres, más se daba á conocer su virtud, y los pueblos de Macedonia vinieron á suplicarle que se encargase de su dirección espiritual en cualidad de obispo de Tesalónica, que era la metrópoli. Los obispos de la provincia no pusieron reparo en su edad, pues era muy jóven, sino que sóloamente aten-

<sup>1</sup> Pequeña comarca de la antigua Grecia, al norte del Peloponeso. Esta comarca pertenece hoy á la cabeza de partido de Patras.

dieron á su eminente virtud, por la cual le consideraron muy adecuado para este puesto de tanta importancia.

La caída de Eremo, su predecesor, que había sucumbido bajo la violencia de Constancio, hacia el año 355, exigía en efecto un hombre de sus condiciones para reparar los males que en esta diócesis había causado la debilidad de aquel obispo. Esto hacía decir á san Ambrosio que Ascola vino, cual otro David, á restablecer la paz en los pueblos, y como un bajel cargado de riquezas espirituales. Este mismo santo le llamaba también el muro de la fé, de la gracia y de la santidad, y, escribiendo de su muerte á Aniso, su sucesor y discípulo, le dirige estas hermosas palabras que tanto honran á uno y otro. « Me congratulo, hermano mio, de que se haya encontrado en vos tanto mérito, que no se haya vacilado un solo momento en escogeros para suceder á un hombre tan eminente; pero al mismo tiempo es para vos una grande carga el tener que sostener tan alta reputación, pues se pretende que revivan en vos Ascola, su virtud, su regularidad y su ánimo invencible. »

Dice este mismo santo Doctor que, efecto de este ánimo esforzado, se trasladaba inmediatamente, según exigían las necesidades de la Iglesia, á Constantinopla, á Epiro, y á Italia, y esto con más prontitud que los que eran más jóvenes y robustos, á los cuales costaba trabajo seguirles; pues tenía de tal manera sujeto su cuerpo, que parecía no depender de él.

Desde el año 371 contrajo en Capadocia una estrecha amistad con san Basilio, quién desde entónces lo tuvo en gran estimación. En su consecuencia, le envió el cuerpo de san Sábás, que en 372 sufrió el martirio, juntamente con una relación de todos los tormentos que había padecido, y que estaba escrita bajo el nombre de la iglesia de los godos. Por la manera con que se expresa san Gregorio al darle las gracias, se desprende que participó de los tor-

mentos que habían sufrido los mártires en su país.

En el año 380 se hallaba en Tesalónica, desde donde gobernaba toda la Macedonia en la unión de la caridad y en la verdad de la fé, como hace notar Sozomeno, cuando allí cayó enfermo el gran Teodosio, y quiso recibir el bautismo. Este emperador quiso saber quién era el obispo, y cual la doctrina que profesaba, pues temía caer en manos de algún ariano; pero se le dijo que Ascola era tan puro en su fé como santo en sus costumbres, y en su virtud recibió de él el sello sagrado de la regeneración.

Asistió al concilio de Constantinopla en 381, y á fines del mismo año al de Roma, desde donde pasó á visitar á san Ambrosio que se hallaba enfermo. Este Santo nunca le había visto, y por su extraordinaria reputación deseaba tener esta dicha. Nada más conmovedor que lo que escribe á Aniso, su sucesor, acerca de esta consoladora entrevista. « No permitiéndome, dice, la enfermedad que yo padecía ir á visitarle, vino él personalmente á verme. ¡ Con qué ternura y afecto nos abrazamos mutuamente! Nos lamentamos de los males de nuestra época, y desahogamos el dolor de que se hallaban penetrados nuestros corazones con lágrimas tan abundantes de una y otra parte, que humedecieron nuestros vestidos. »

Los godos y otros pueblos bárbaros hicieron durante su episcopado diferentes irrupciones en la Tracia y la Iliria, desde el año 377 hasta el 382; pero mientras que impunemente robaban y saqueaban en las ciudades y aldeas por donde atravesaban, se vieron obligados á pedir la paz, cuando llegaron á Tesalónica. Al fin consiguió arrojarlos de toda la Macedonia, en donde no había tropas que pudieran hacerles frente, y lo hizo con sus fervorosas oraciones, alcanzando de Dios que enviase sobre su ejército una peste que le obligó á ponerse en fuga y á pedir de nuevo la paz. Alcanzado este beneficio para su provincia,

pasó Ascola á gozar de la paz eterna en el cielo, que había merecido por sus grandes virtudes y por los trabajos que había sufrido por su pueblo y por toda la Iglesia. Acaeció su muerte en el invierno y á principio del año 384.

San Ambrosio, que, como hace notar en la carta que dirigió al clero de Tesalónica con motivo de la muerte de este santo prelado, tenía siempre fija en su espíritu la imagen de tan ilustre obispo, supo la noticia de su muerte, cuando se hallaba aplicado á considerar sus grandes acciones. Parece, por la manera con que se expresa, que tuvo esta noticia de una manera extraordinaria, y tal vez por la aparición del mismo Santo, pues todos los caminos estaban cerrados por mar y tierra. » Inútilmente me preguntareis, dice, como he sabido la muerte de este santo hombre ántes de recibir vuestra carta; pues ninguno de vosotros ha podido venir á participármela, estando interceptadas todas las vias de comunicación. Sólo os diré que la he sabido, y no me cabe duda de que el mismo Santo es el que me la ha anunciado, estando ya desligado de los lazos del cuerpo, y gozando del fruto de sus trabajos entre los coros de ángeles. »

« No ha muerto, pues, añade; es que ha ido á Jesucristo, y ha dejado la tierra para subir al cielo en alas de sus méritos. Hacía mucho tiempo que suspiraba, como el Apóstol, por esta mansión de bienaventuranza; pero, como el mismo Apóstol, estaba detenido por el bien de la Iglesia, pues no vivía para sí mismo, sino para los demás, á los cuales servía su ministerio como de fuente de salud. Hoy es habitante del cielo, y ha tomado posesión de la celestial Jerusalem. Allí contempla sin obstáculo alguno la extensión inmensa de esta ciudad bienaventurada, edificada con oro el más puro y con piedras las más preciosas, á la cual ilumina con eternos resplandores el Sol de justicia, y en que todo es diferente de lo que aquí abajo vemos. Con-

templando, por último, su inestimable belleza, dice: Al presente veo en la ciudad del Dios de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios lo que se nos había anunciado durante nuestra vida mortal, y gozo de lo que nos había enseñado la fé. »

Su pueblo quedó más afligido de su muerte que de la guerra de los bárbaros, y sólo pudo consolarse con la elección de san Aniso, su discípulo y heredero de sus virtudes, como aparece de la carta que le dirigió san Ambrosio para felicitarle por su elección.

San Gregorio Nacianceno habla en una de sus cartas de un abad de gran mérito, llamado Leucadio, que era superior en un lugar llamado Sarmabado, un doble monasterio, es decir, compuesto de dos comunidades, una de hombres y otra de vírgenes, lo que no era raro en aquel tiempo: pues en más de un pasaje de sus obras habla este Santo de esta clase de monasterios, y dice que era conveniente que ambos sexos cooperasen al servicio de Dios en una santa sociedad. Pero estos monasterios estaban dispuestos con tanta sabiduría que sus moradores estaban enteramente separados para evitar toda sospecha y motivo murmuración.

No sabemos el país de que era natural el abad Leucadio; pero fué tenido en grande veneración por sus virtudes y por la sabiduría de su gobierno, siendo muy sentida su muerte por los religiosos y vírgenes sagradas, á quienes había dirigido por los senderos de la salvación. San Gregorio les escribió, con motivo de su muerte, una carta de consolación, en la cual le dice que es preciso no llorar á un atleta que sale victorioso de la lid, y que vá á ceñir la inmortal corona; pero que es necesario imitar las virtudes que habían admirado en él, á fin de que reviviese en cada uno de ellos. Les recuerda la pureza, la dulzura, la humildad, el fervor en la observancia religiosa y las demás vir-